

LA HIJA DEL MARMOLISTA

LA HIJA DEL MARMOLISTA

I

Juan era un Marmolista
que con el entusiasmo trabajaba
de un verdadero artista;
y lo era; que, si bien en tono vário
el nécio vulgo su arte despreciaba,
no era un vulgar y tosco lapidario,
sino un gran escultor, que, de esta suerte,
cuando el genio divino le inspiraba
llegaba a embellecer la misma muerte.

Y es que el Arte, divina
emanación de un sér que en todo vive,
presta a todo belleza y lo ilumina:
la voz del orador conmovedora,
del pintor la paleta,
del músico la cuerda vibradora,
la lira del poeta,

el edificio gótico altanero,
 el canto del rapsoda,
 la dulce narración del Romancero;
 y, cuando muere el hombre, todavía,
 con una cruz, un signo, una escultura,
 lleva el Arte su magna poesía
 al borde de la misma sepultura.

Mas no eran solamente
 sus obras la pasión del pobre anciano,
 pues aún amaba más seguramente
 a una hija que tenía
 tan bella, que en su rostro parecía
 que era esclavo lo bello y lo inocente.
 Huérfana cuando apenas
 doraba el sol los hierros de su cuna,
 Estrella fué modelo de hijas buenas
 y amante de su padre cual ninguna.
 Fué, en conclusión, un serafín del cielo
 y el escultor, que así lo adivinara,
 como padre y artista, por modelo
 la tomó para hacer su obra maestra
 en que puso su esmero y sus sentidos,
 que era un ángel sin par de hermosa cara,
 que sobre un terso mármol de Carrara
 se alzaba con los brazos extendidos.

Cuando al taller bajaba
 como una aparición pródiga en bienes
 y al escultor dejaba
 el calor de sus besos en las sienes,
 con su sola presencia, vida daba
 a aquel mudo taller tan triste y sério
 y, al verla entre las tumbas tan hermosa,
 parecía una blanca mariposa,
 volando en el umbral de un cementerio.

Más, como nunca falta un envidioso
 donde algo se levanta
 que brilla por lo noble o por lo hermoso,
 de Estrella la virtud fué puesta en duda
 y así, implacable y ruda,
 la acusación surgió. ¿Porqué lloraba
 cuando a solas sus rezos murmuraba?
 ¿Porqué, cándido el padre, permitía
 que saliese a sus anchas y no oía
 la voz que su deshonra pregonaba?
 ¡Oh ley del drama eterno! Risa o lloro
 al héroe triunfador domina y ciega;
 más la tragedia llega
 en cuanto su pasión trasciende al coro.

Pero, al llegar a Juan estas patrañas,
 se estrellaban, lo mismo que en las rocas

se estrellan de las olas las montañas;
 pues, aunque era un Catón en lo severo
 era en el optimismo un Epicuro
 y su pecho, al amor sensible y puro,
 a la maledicencia fué de acero.

Por eso, cuando un día, con empeño
 un amigo leal le aconsejaba,
 en tanto que labraba
 su obra mejor con mágica destreza,
 le oía mudo el lábio, adusto el ceño
 sin mirar que, cual nunca encantadora,
 no lejos de su lado, le escuchaba,
 su hija, con la ansiedad indescriptible
 con que escucha el que llora
 la causa de su mal indefinible.

—Es inútil— decía con voz dura
 el anciano y severo lapidario
 pretender calumniar tanta hermosura.
 Estrella es inocente. Y con firmeza
 luego añadió: —Sabed que ni un momento
 consentiré desde hoy que lleve el viento
 una sospecha vil de su pureza.
 Y si, por su desdicha y por la mía,
 de su madre el recuerdo deshonrara,

en este mármol mismo, en aquel día,
 antes que el necio vulgo la infamara
 su nombre mi cincel esculpirla.

Y la voz del artífice, vibrando
 con un timbre sonoro y penetrante,
 hasta Estrella llegó, que vacilando,
 creyó estar escuchando
 la voz de la sibila amenazante.
 Alzarse ante sus ojos vió un fantasma
 que, con letras de fuego
 en mármol escribía y la miraba
 llamándola hacia sí con insistencia;
 y huyó, creyendo luego
 que era el vano fantasma su conciencia.

Y cuando, aquella noche, con empeño
 en el lecho buscó reposo y calma,
 miró, de angustia llena,
 que huía de sus párpados el sueño
 dejándola indefensa con su pena;
 y luego, allá en lo obscuro,
 en el delirio atroz de sus sentidos,
 ver creyó destacarse sobre el muro
 un ángel que, inseguro,
 se alzaba con los brazos extendidos.

II

Cuando pasó por fin la eterna sombra
 de la callada noche
 vió Estrella, desvelada, desde el lecho
 bañar el sol las flores de su alfombra
 y, lanzando un suspiro de su pecho,
 el murmullo escuchó que iba formando,
 alegre y bullidora,
 la corte de dos mundos despertando.
 En el jardín vecino
 sus cálices alzaban los rosales
 y, lanzando los pájaros sus trinos,
 rozaban con el ala los cristales.
 Triunfadora mañana de victoria,
 todo era luz, resurrección y gloria.
 Pero ella estaba yerta y tembló inquieto
 su cuerpo en un espasmo agudo y grave.
 Creyó morir de frío. Nadie sabe
 lo que hiela un terror, cuando es secreto.

Después buscó un espejo
 de verse en él copiada deseosa,

que, al fin, era mujer y, a más, hermosa.
 Pero, lanzando un grito, vió aterrada
 al ángel del taller, allá en el fondo
 que, con la cabellera destrenzada
 como siempre los brazos extendía
 y, pálido cual nunca, parecía
 quererla confundir con la mirada
 y el cristal primoroso desechando
 que se quebró en pedazos contra el suelo,
 ocultose en las ropas sollozando.
 Y cuando el escultor, en su desvelo
 subió creyendo hallarla como siempre
 llena de una alegría turbulenta,
 de fiebre violenta
 presa la halló con hondo desconsuelo.

De entonces, fué creciente
 la fiebre abrasadora
 que, cada nuevo día, iba traidora
 minando lentamente
 de Estrella la existencia abrumadora.
 Y siempre, en el delirio inacabable
 de la tenaz e intensa calentura,
 ver creía a su padre que, incansable,
 labraba con furor su sepultura,
 en que se alzaba el ángel inmutable.

Otras veces, huyendo
del angel vengador, tener creyendo
alas también sutiles y lijeras,
volaba los espacios recorriendo.

Y se vió desolada en las riberas
de caudalosos ríos
y en góticas capillas y en ciudades
y en páramos sombríos,
y del mar en las vastas soledades.
Y a la cumbre subió de las montañas
donde el águila real su trono asienta,
registró de los cielos las entrañas,
subió sobre las nubes más extrañas
y a sus pies se deshizo la tormenta.
Todo entonces mezquino y pobre hallaba;
suspiraba su pecho
y nunca se encontraba
de volar su deseo satisfecho.
¡Dios justo y soberano!
el alma soñadora
¿qué no hallará mezquino?
todo en el mundo es material, humano
y en ella hay algo inmaterial, divino.

¡Ay! cuando el pobre padre un día supo
por boca del Doctor, que a su hija bella

que ya toda esperanza
de salvación perdióse para ella,
agostarse miró, mudo y sombrío
en su caduca frente los laureles
y al tomar como siempre sus cinceles,
halló, por vez primera, el mármol frío.

Una noche, por fin, en que el reposo
a Estrella rodeaba
y en su frente de armiño resbalaba
el sudor angustioso
que precede a una crisis si es terrible,
sintió algo en su interior indefinible,
que hizo el sudor correr por sus mejillas.
—¡Voy a morir!— se dijo
y alzándose en el lecho de rodillas
besó con la mirada un Crucifijo.

Pero luego, mirando
de su triste ventana los cristales,
en las pequeñas luces, que a lo lejos
brillaban, alumbrando
de la ciudad las calles solitarias,
creyó ver los reflejos
de lámparas votivas sepulcrales.
Y, entonces, vida dando

a todas sus quimeras y delirios,
miró sobre las ténues luminarias
al angel, que volando,
a ella se adelantaba, preguntando:

—¿Que hiciste de tus sueños de inocencia?
¡Vén, que velar tu cuerpo solitario
por siempre me encargó la Providencia!

Y Estrella, en un supremo, último esfuerzo,
de su lecho saltando, cual sudario
las ropas arrollóse y, anhelante,
queriendo huír, con mano vacilante,
la puerta abrió porque al taller bajaba
cuando a su padre amante sonreía;
pero, antes, con sin par melancolía,
mandó un beso a unas cartas que dejaba.

¡Bella puerilidad! Más ¿quien ignora
que nadie culpará ni habrá culpado
esta dulce expansión de un ser que llora?
¿Quien es el que en su vida no ha besado
una trenza, una carta o unas flores?
Yo sé de mí decir que mis dolores
calmé al besar de un árbol la corteza
en que vi reclinando su cabeza
una tarde al amor de mis amores.

¡Pobre niña! febril, sola, desnuda,
no la asaltó la duda
de donde iba a morir; iba sin rumbo,
cual la nave perdida
que por las tempestades combatida
y roto ya el timón, sufre el ultraje
del viento, por su furia combatida
y el ímpetu cruel del oleaje.
Iba donde al morir tenaz no hallara
del angel la silueta ni el reproche
de su padre y el viento de la noche
sus ardorosas sienes refrescara.
Almas que huyendo la iracundia ajena,
tristes y jadeantes,
por selvas de terror fuisteis errantes:
¡sabeis lo que es cansancio y lo que es pena!

Bajó al taller por fin. Todo dormido
estaba y pudo oír sus pulsaciones
golpeando implacables en su oído.
La encapotada noche sus crespones
tendía silenciosa sobre el mármol
de los abandonados panteones.
Allí una vez, anduvo, más no hallando
guía alguno sus pasos en lo oscuro,
la hicieron vacilar y sobre el muro

apoyarse temblando...
 Pero después, de nuevo comenzando
 sus pasos inexpertos,
 se fué en las mismas tumbas apoyando,
 cual si fuese evocando
 las doloridas sombras de los muertos.

Más, de pronto, sujeta
 se sintió del cabello, y, dando un grito
 de ferror infinito,
 desasirse al querer, tocó una mano
 como la nieve helada
 que se enredaba en él dura y crispada.
 Y, haciendo un sobrehumano
 esfuerzo, dió otro grito aun más agudo
 y luego, tras aqueste esfuerzo rudo
 cayó en el pavimento desplomada.

Luz, auxilios, ya todo
 tarde llegó. Y el padre ¿quien pudiera
 su dolor expresar? De blanca cera
 su rostro se tornó, mientras su lábio
 calló por no inferir sangriento agravio
 al dolor infinito que sintiera.

Una voz dulce y suave
 de un profundo suspiro precedida,

luego se dejó oír, grata armoniosa,
 como el trino de un ave,
 cual de mágica flauta la sentida
 modulación incierta y caprichosa.

—«Padre—dijo—perdón: estaba escrito...
 ¡Ay que pronto las rosas quedan lácias..!
 Labraste mi sepulcro... ¡Padre: gracias..!
 Adios... ¡Siento la voz... de lo Infinito..!»

Y esto dicho, cayendo
 muerta, chocó su mágica cabeza
 contra el mármol, un ruido produciendo
 sordo que el alma heló del pobre anciano,
 en tanto que, del arte con las galas,
 lleno de majestad y gallardía,
 el angel, sobre el grupo, proseguía
 extendiendo sus brazos y sus alas.



LA DE SIEMPRE

LA DE SIEMPRE

Dios te salve maga: bendita tu eres,
musa de mis penas y mis regocijos;
elegida seas entre las mujeres,
luz de mis entrañas, madre de mis hijos.

Versos me has pedido que salgan del alma;
para ti, mi vida, yo los hago de esos,
que tienen arrullos de lagos en calma
y suenan a trinos, a frondas y a besos.

Versos de Castilla, sonoros y graves
que al sol resplandecen de la sementera,
con son de campanas y acordes de claves
o rugido airado de la tolvanera.

Porque siento a veces anhelos tan grandes
y mi pecho late con vehemencia tanta,
que, cuando me yergo, todo el mundo es Flandes,
cuando me arrodillo todo es Tierra Santa.

Yo se que en las luchas de la tierra ingrata
cuando se es vencido, se gime y se muere;
pero que, en la vida que así nos maltrata,
no lleva librea sino el que la quiere.

Dime que canciones, que versos deseas.
Yo llevo en la frente mi númen escrito
y, así, mis estrofas, como mis ideas,
ruedan con los astros hacia lo Infinito.

Sé que, si del orbe se siente el misterio
y el hervor se escucha que agita el planeta
y amor en el alma sostiene su imperio,
se triunfa o se llora, pero se es poeta.

Y, así, nunca envidio los ajenos bienes
pues de mi nobleza sé bien que blasonas
y coronas siento que oprimen mis sienas
que, serán de espinas, pero son coronas.

Si pobres laureles conquistar me hiciste,
por ti otros más altos conquistar quisiera.
¡Oh tú, ser divino, que para mi fuiste
hija, deseada, madre y compañera!

De tu alma piadosa fulgentes destellos
tanto tus ensueños fueron virginales
que ya palidecen tus rubios cabellos
de tanto cubrirse de blancos cendales.

Por eso, mi vida, con más fé te quiero
a la hora en que surjen las melancolías,
ahora que vacila tu pié en el sendero,
ahora que tu mano tiembla entre las mías.

¡Cuanto hemos llorado! ¡Cuanto hemos sufrido!
¡Cuantos desconsuelos y cuantos enojos!
¡Cuántas amarguras dichas al oído;
cuántas desventuras puestas en los ojos!

Y siempre, en las alas de la poesía,
la hora de los rezos así nos sorprende,
juntos, con la frente levantada al día,
cuando de la tarde la sombra se extiende.

Crepúsculo santo de las almas dueño
en que yo te quiero como tu me quieres,
para que la tierra palpите de ensueño
y ¡para que aprendan los amaneceres!

Mujer de oro y mármol, más limpia que el día,
más tierna que entraña de panes candeales,
de voz suplicante, plena de armonía,
como los balidos de los recentales;

diosa que en consuelos los pesares trueca,
alma desterrada de región ignota,
cáliz perfumado que nunca se seca,
manantial excelso que jamás se agota:

nuestro amor no muere; sin cesar se eleva
a buscar su estirpe gloriosa y divina;
río caudaloso, por su cáuce lleva
brío más potente cuanto más camina.

¿Que importa la sombra con su negra masa?
Nuestra sepultura será nuestro templo.
Si hemos de perdernos, como aura que pasa,
detrás de nosotros quedará el ejemplo.

No temas; no llores; la sombra aun es vaga;
la luz a las ramas lleva su embeleso.
Si el sol en las cumbres temblando se apaga,
le hará que resurja nuestro último beso.



OMNIPOTENTE